

esfera de su poder, sino tambien de todo profesor de medicina. Por mi parte, correspondiendo al que sobre mí gravita, hasta donde alcance el círculo de mis limitados conocimientos, sin temor ni miedo á mis declarados enemigos, he de contribuir al triunfo de la verdad, evidencia y exactitud de la doctrina homeopática, con cuyo objeto he fijado mi residencia permanente en Valladolid, seguro de que la homeopatía ha de dar las bases sólidas y estables, que aseguren para siempre jamás y hagan certera la práctica de la medicina. Entonces las corporaciones que en fiel desempeño de su mision sean las primeras en abrazar y propagar la homeopatía, (pues su descubrimiento forma época y pertenece ya á la historia), convencidas de su verdad y utilidad, ocuparán un lugar honroso y distinguido en los fastos de la medicina española; así como merecerán un título denigrante, las que permanec-

de su gloria póstuma, fué de las sienas de este trasladada á la cabeza de una estátua de mármol, obra del acreditado cincél de Mr. David, consagrada á Hahnemann, en recompensa de sus grandes servicios á la humanidad. Así el discurso, como lo demás de acto tan glorioso para aquel anciano respetable, le causó una viva emoción, inspirándole una breve y muy interesante respuesta. Finalizando esta ovación con el cántico en celebridad de los descubrimientos del héroe médico en una oda italiana que leyó el Dr. Sinibaldi de Roma, y varias estancias en verso francés, que tambien leyó Mr. Briouse afecto á la homeopatía. (Archivos de medicina homeopática, série segunda, tomo 7.º París marzo de 1838).

ciendo en la pereza é insensibilidad, perpetuando la ruina de la humanidad doliente, sean dignas de la pública execración. Valladolid 6 de abril de 1840.—*J. Sebastian Coll.*

DISCURSO DEL DIPUTADO WOLFF.

El Gobierno de Hesse, atendiendo á los deseos de las dos cámaras, que por sí mismas no habian sido mas que los intérpretes de una fracción notable de la población del gran ducado, decretó el 5 de octubre de 1833, que los médicos homeópatas gozasen en adelante del derecho de dispensar por sí mismos sus medicamentos.

A principios del año de 1839, se esparció la noticia entre el pueblo de que se trataba de revocar este decreto.

Inmediatamente el diputado Wolff, puso en la mesa de la segunda cámara una proposición, en la que pedia el sostenimiento del decreto de 1833, y pronunció con este motivo, un discurso que creemos deber dar á conocer, y es como sigue.

Señores:

Si las manifestaciones en que voy á entrar, salen quizá de los límites acostumbrados, aunque sin embargo me lisongo, que no cansarán vuestra atención, estad persuadidos que mi convicción depende únicamente de la alta importancia del objeto, y del interés siempre creciente que me inspira hace muchos años.

Los motivos de esta proposición, parece que

no han sido bien comprendidos por la comision de la cámara. Se habia divulgado la noticia de que en consecuencia de temores manifestados por las autoridades médicas superiores, y de una consulta de la facultad de Giessen, trataba el Gobierno de retirar la autorizacion que ha concedido á los homeópatas, de dispensar por sí mismos los medicamentos. Nada pues me seria tan agradable ahora, como la declaracion de la comision por la que pareciese, que estas voces no tienen ningun fundamento, puesto que de otro modo el comisario del Gobierno no hubiera dejado de hacer saber en su respuesta, que podria muy bien en efecto, haber algun proyecto de reforma. Creo pues, que puedo estar perfectamente seguro en cuanto á este punto. Pero no me siento por eso menos obligado, tanto por el interés de la causa pública, como por mi propia justificacion, y para manifestar que no se trata en este caso de un combate contra molinos de viento, á entregarme á algunas consideraciones, que quizá no han sido todavía presentadas hasta ahora á ningun Gobierno aleman, por los médicos alópatas admitidos en sus consejos.

Hasta principios del año 1790, habia un arte al que sus adeptos daban el nombre muy significativo de medicina racional, cuyos títulos de consideracion dependian sobre todo de que, independientemente de una edad que subia á muchos millares de años, los principios que constituian lo que ellos llamaban sus fundamentos eientíficos,

pertenecian á ese vasto imperio de la imaginacion, en el que se sabe, que cada uno puede creerse rey y pasearse con toda libertad en los risueños dominios de la manía de esplicar.

Pero los mas grandes maestros, y los mas afamados de estos héroes, solo se diferenciaban de los demas poseedores en que tenian la franqueza de confesar abiertamente, que su pretensa ciencia no era mas que un conjunto de opiniones, de conjeturas, de hipótesis y de ilusiones. Su saber no consistia mas que en un corto número de fragmentos de observaciones inciertas, con cuyo auxilio no puede uno en ninguna parte de la práctica elevarse á una regla, y mucho menos todavía á una ley. A esto se reducía lo que ellos llamaban conocer las enfermedades y los medicamentos. A pesar de tan bellas frases metafóricas sobre la causalidad y la causa final, sobre la esencia y la textura íntima, sobre los polos oxígeno é hidrógeno, sobre los sistemas ganglionario, sensitivo é irritable, sobre las funciones de la vida elevadas á una potencia superior sobre el centro de la vida vegetativa, en fin, sobre la espontaneidad y la vitalidad, corona de todas estas ideas, á pesar de tanta erudicion desleida en cargas enteras de in folio y en cuarto, faltaba á esta antigua medicina tan alabada, la condicion mas esencial de toda accion razonable, un principio directivo. A la cabecera del enfermo, se dejaba guiar por la casualidad ó á lo mas por los caprichos del empirismo. Mas la ciencia propia-

mente dicha, solo era un verdadero juego tragi-cómico de sombras chinescas. Este deplorable cuadro por sus mismos mejores maestros. Pues Boerhaave dice que se debe juzgar feliz el médico que no hace daño, y añade que el género humano sería incontestablemente mas dichoso si no hubiera médicos en el mundo.

Pedro Frank, que gozaba de tan alta reputacion en la medicina pública, miraba á los médicos como gentes peligrosas, é invitaba á los Gobiernos á que les hiciese responsables de los milares de asesinatos que cometen en el silencio de la habitacion de los enfermos, ó mejor todavía, á que les prohibiese enteramente el ejercicio de la profesion.

Sthal y su comentador, encanecidos en la ciencia y en el arte, estiman en siete de diez el número de enfermos que sucumben á los medicamentos dados en tiempo inoportuno, ó en demasiada grande cantidad. Girtannear pretende, que la oscuridad que envuelve á la medicina, es demasiado profunda para que pueda penetrar en ella un rayo de luz, con cuya ayuda sea permitido orientarse de ella. Las medicina no era á sus ojos mas que un cúmulo de sofismas. ¿Quién llegará, esclama, á descubrir el poco grano bueno perdido en la inmensidad de la basura, que los médicos amontonan hace dos mil años?

Paracelso, ese génio reformador del galenismo, mira como un acto de desesperacion acumular tantas drogas simples en una misma receta; es

cubrir el cieno con otras inmundicias que le corrompen todavía mas. sup. no otorgamen lo alcaid sup. Kieser, el ingenioso filósofo, compara tambien las misturas á las epidemias ó á las guerras devastadoras; y recomienda á los enfermos, que se guarden de los médicos, como del mas peligroso veneno.

Pues he aquí bastantes de estas altas autoridades alopáticas, de las que podria citar otras muchas todavía, para probar sin réplica lo que la medicina tan alabada ha sido realmente hasta la aparicion de la homeopatía, y lo que desgraciadamente es todavía hasta el dia. Mas de un escritor extraño al arte, ha señalado igualmente sus mortíferas obras. Puede uno instruirse ó edificarse en este punto por la lectura de Agrippa, de Vaesius, de Cardan, de Arcésilas, de Patin, de Rousseau, de Molière. Pero yo, que no debo mirar mi objeto mas que bajo un punto de vista sério, me limito á decir con este nuestro gran poeta: ¡dichoso el que todavía puede esperar salir de este mar de errores! Se emplea lo que no se sabe y no se puede hacer uso de lo que se sabe.

Entre los que conocian vivamente este lamentable estado de la antigua medicina, se encontraba tambien Hahnemann, al que su conciencia llevó sin embargo mas allá del término, en que se habian detenido sus numerosos predecesores; pues abandonó la práctica, en la que no veía mas que un juego de hipótesis y de even-

tualidades peligrosas para la vida de los hombres, hasta el momento en que se sintió en estado de poder darse cuenta racional del modo con que obraba á la cabecera de los enfermos. Resignacion tanto mas meritoria, cuanto que les condenó, á él y á los suyos, á las angustias de la necesidad.

Sin embargo, en lo interior del retiro, su génio infatigable llegó á descubrir la ley, tan importante para la ciencia, y sobre todo para la humanidad doliente, de la analogía que existe entre la accion de los medicamentos sobre el hombre sano, y sus efectos curativos sobre el hombre enfermo.

Despues de haberse convencido plenamente de esta grande verdad por medio de experimentaciones asíduas, primero sobre sí mismo, y despues sobre otras personas sanas, se apresuró á darla á conocer á sus compañeros, y inducirles á comprobarla por los mismos medios que él. Mas sus instancias y sus súplicas, solo encontraron oidos sordos. La viveza con que habia ofendido á las fábulas de la antigua medicina, manifestándola en toda su fealdad, le fué imputada por un crimen, aunque jamás se hubiese obrado de este modo con los que habian marchado antes que él por el mismo camino. Porque habia llegado mas lejos que nadie, y esto es lo que tan eminentemente le distingue de todos sus predecesores, porque al mismo tiempo que señalaba todos los defectos de la medicina, anunciaba la necesidad de reconstruirla sobre otras bases, fué

el blanco del ódio, de la envidia, de las calumnias y de las persecuciones.

Toda verdad nueva, dice Voltaire, tiene la suerte que los primeros embajadores que los estados civilizados envian á una corte bárbara: escita la desconfianza, la enemistad y el desprecio. La homeopatía, ha experimentado esta suerte mas que ninguna otra verdad de nuestra época. No obstante, mientras que la antigua escolástica, y la antigua práctica médica, dirigian todas sus armas literarias contra la doctrina, y tambien contra la persona de Hahnemann, combatia él solo por sí y por su doctrina, con una intrepidez y una sinceridad sin las que su descubrimiento no hubiera tomado la estension que tiene en el dia. Dejó resbalar sobre él las flechas de las pasiones, y ni aun leyó las críticas de sus obras, á fin de no perder en fútiles discusiones un tiempo que le era tan necesario para continuar su grande obra: porque la vida es breve y el arte largo.

El desprecio de los trabajos de sus compatriotas que siempre se ha echado en cara á los alemanes, los colegios y las facultades de medicina, lo han hecho por codicia para con Hahnemann. Mientras que se recibian con avidez los sistemas venidos del estrangero, por egemplo, los de Brown, de Rasori, de Broussais, se menospreciaba el descubrimiento nacional. Aun en el dia todavía mas de un orgulloso profesor creeria descender de su dignidad, ensayando un método que tiene la desgracia de apoyarse en sola la es-

perencia, y de desechar las hipótesis y las especulaciones de que tanto se ha usado.

Los alópatas de renombre en el extranjero, Brera entre otros, han obrado de un modo mas imparcial, y tambien mas honroso. Despues de haber hablado de los incesantes progresos que la homeopatía hace en todos los puntos del globo, Brera dice: «Aunque sea desacreditada por unos como inútil, por otros como extravagante, y muchos la crean como absurda; sin embargo, no se puede desconocer que en el dia ocupa su puesto en el mundo sábio, tan bien como otras doctrinas. Tiene sus libros, sus periódicos, sus cátedras, sus hospitales, sus clínicas, sus profesores y su público. De buen grado ó de mal grado, sus mismos enemigos tienen que admitirla en la historia de la medicina, porque su posicion actual lo exige. Puesto que ha sabido conquistar por sí misma esta clase, no se la puede despreciar, y merece un exámen imparcial. Lo que sobre todo la hace digna de consideracion, es que no propaga errores directamente nocivos. ¡Desgraciado el médico que cree, que no podrá aprender mañana lo que ignora hoy! ¿No oimos todos los dias quejas sobre la insuficiencia, y la incertidumbre de la medicina? ¿Y no son precisamente los médicos mas instruidos, y los que mejores resultados obtienen en la práctica, los que saben dudar de la solidez de sus conocimientos? Este sentimiento dirigia sin duda á la mayor parte de los médicos alemanes, que se han puesto á estu-

diar la homeopatía, cuando han triunfado de la repugnancia que les inspiraba.» Mas adelante, Brera confirma la verdad del principio homeopático, y la eficacia de las cortas dosis de medicamentos, según los esperimentos que ha hecho con el virus variólico diluido.

La Alemania es el único pais en que el amor del lucro, que no domina menos en los adeptos de la ciencia que en los simples artesanos, hace á los adversarios de la homeopatía completamente sordos á la voz de la justicia; y si le llega á suceder á un miembro de un colegio de medicina, como al alentado consejero Muhlenbein, de Bruns-Wick, el renunciar seriamente á la alopatía, se vé obligado á separarse de sus colegas, para no renegar de su conviccion y de su conciencia. Mas de un hombre honrado entre los homeópatas alemanes, ha debido hacer este sacrificio; de otro modo, el número de partidarios del nuevo método, no seria todavía tan grande como lo es en realidad. Pero estas escisiones tienen poca influencia en los colegios y en las facultades; á no ser quizá, el que les hacen temer una reforma en adelante inevitable. Asi reclutan por todo el tiempo que les es posible, personas que participen de los mismos errores; porque los que no escriben mas que recetas basadas sobre hipótesis mistas, no quieren con todo, ni protección ni tolerancia para los homeópatas, y no debe esperarse el ver jamás á todos los miembros de ningún colegio, pronunciarse á la vez en favor de

ideas mejores. Porque su vieja medicina de doscientos años, no ha caído todavía hecha pedazos, muchos no creen en la posibilidad de una doctrina nueva que sea preferible. Por otra parte, los ignorantes sábios entre los alópatas, son incorregibles, y el espíritu de especulación les prohíbe malquitarse, ni con parientes colocados en altos puestos, ni con los boticarios. Otros se encuentran demasiado bien con su posición para desear un cambio; otros todavía, los únicos que son consecuentes, se han cerrado, por su fanática precipitación, todo medio de enmienda. A todos pues falta el deseo, ó la fuerza, ó la vocación, para vencer la repugnancia que lo nuevo les inspira, y para estudiar á fondo la homeopatía, mientras á todos les es fácil vituperarla y condenarla ciegamente. Con todo, estas reconvenciones no podrían dirigirse á los honrados alópatas, que satisfechos del resultado del modo sencillo con que tratan á los enfermos, son apartados por las exigencias de una larga práctica, por su edad, ó por otras circunstancias, de consagrarse á un estudio que exigiría un tiempo de que no pueden disponer. Les concierne tanto menos, cuanto que entre ellos es donde principalmente se encuentran los hombres que juzgan con mas modestia á la nueva doctrina y sus adeptos.

Todas las dudas que se han suscitado hasta el día contra la homeopatía, son: ó generalidades perdidas en el campo inmenso de los razonamientos, ó miserables sutilezas sobre las esplicaciones

teóricas de Hahnemann, esplicaciones á las que ni el fundador ni los partidarios de una doctrina, cuyas bases ha suministrado la esperiencia, y continúa dando los materiales, no dan ningun valor, ó al menos no les conceden mas que una importancia muy secundaria. Mas nadie ha demostrado todavía, que tal ó cual medicamento no produce realmente los efectos que los homeópatas han reconocido, que son los resultados de su acción sobre el hombre sano, que no ejerce una influencia curativa en las enfermedades cuyos fenómenos tienen relación con los suyos, y que por consiguiente, la analogía entre los síntomas del medicamento y los de la enfermedad, no es la única condición que la esperiencia asigna á la aplicación útil de las sustancias medicinales. Son estas otras tantas verdades que diariamente confirman los numerosos partidarios de la homeopatía, y en cuyo apoyo citaré el testimonio reciente de un escritor estimado en alopátia, Hauff de Wirttemberg.

El principio en que se funda la aplicación de los medicamentos experimentados, ni ha sido refutado ni lo será jamás. Se han agarrado á cosas accesorias, al modo de preparación y las dosis, de las cuales, sin respeto de la verdad, se querria poder hacer el punto capital de la homeopatía, á fin de quitar del medio con este indigno manejo, la doctrina que se detesta. Una multitud de pretensos críticos, se han torturado la imaginación para llenar al nuevo método, y sobre por-